

UN POETA DE PURA CEPA

¿EXISTIÓ O NO EXISTIÓ REALMENTE UN LIBRO SOBRE EL ARTE DE LA DEGUSTACIÓN?

Una sorprendente biografía no autorizada del famoso poeta chino Li Po pone al descubierto una de las obras filosóficas más antiguas y más buscadas por historiadores, eruditos y fanáticos de todas partes del mundo intelectual. He aquí un extracto de ella.

Un encuentro con el mundo

Li era un humilde empleado en la tienda de su padre. Sus modestas ambiciones lo habían convertido en un ser sensible y bondadoso. No tenía hermanos ni amigos, y su madre - muy hermosa por cierto- murió cuando tenía veinte años de una enfermedad extraña que ningún médico pudo explicar jamás. Los escasos recuerdos que tenía Li de su joven madre se reducen a uno en particular: su enfermedad. Deliraba y tenía convulsiones todo el tiempo, y una noche se atragantó con su propio vómito y falleció. Li nunca pudo superar ni entender la muerte de su hermosa madre, ni aquella trágica noche de luna llena que le besó los labios y la perdió para siempre.

Li tenía cinco años cuando ella partió al otro mundo, pero cuando cumplió los quince tuvo una crisis emocional que lo llevó a replantearse el sentido de su corta y triste vida.

El padre de Li era un ser despreciable, lo que se dice “un verdadero ogro”, y con la muerte de su esposa se volvió hacia él más apático y autoritario que nunca. El joven taciturno no encontraba la manera de ser él mismo en la casa de su insensible padre, pues vivía para satisfacer sus deseos materiales más egoístas, cuyo único interés era que Li se encargara de continuar el negocio familiar. Pero el muchacho tenía otros planes para su futuro, que el oscuro y raso destino de ser esclavo del deseo de su padre. Él amaba el campo y la naturaleza, y su ambición era independizarse, labrar la tierra y vivir de los frutos que le brindara su propio trabajo. Para eso tenía manos poderosas, un cuerpo pequeño pero bien fornido, y una voluntad inquebrantable. Sus sueños siempre habían sido muy modestos: tener una casa y una familia propia, y ahora, después de mucho tiempo, estaba en condiciones de poder cumplirlos. Pero no allí. No a la sombra de su hostil padre.

Un día Li se decidió. Juntó todos sus ahorros, y sin mediar palabra, se marchó de la casa y de la vida de su padre para siempre. Se fue muy lejos. Caminó y caminó, por días y semanas interminables caminó. Y al llegar a un pueblito pintoresco, alejado de su antigua vida, compró un pequeño terreno y comenzó a sembrar trigo y arroz. Pero, por sobre todas las cosas, comenzó a realizar el sueño de tener una vida propia, y no ese horrible destino que su padre quería que tuviera bajo la protectora -pero tiránica- sombra de su ala.

Durante más de cinco años Li trabajó bajo el sol abrasador, cultivando con el sudor de su frente el arroz que vendía a la gente del pueblo por una suma considerable. Poco a poco el trabajo prosperó y terminó amasando –literalmente, con sus propias manos- una pequeña fortuna. La suma de dinero no era extraordinaria, pero sí lo era su capacidad de ahorro. Por lo que esta persistente habilidad le permitió construir rápidamente una pequeña casita, a orillas de un hermoso lago.

A la edad de veinte años Li estaba satisfecho con su vida. Por primera vez sentía que lo que lo que estaba haciendo era importante para él, y después de mucho tiempo, volvió a sonreír. Solo dos cosas le faltaban para ser completamente feliz: una esposa y un hijo.

Un día, no muy lejano, Li conoció a Sui; una hermosa y dulce joven, hija de uno de sus mejores clientes. La muchacha era suave y exquisita, como una pequeña joya. Su cara redonda y suavemente iluminada era lo que más había despertado el deslumbramiento de Li. Su corazón latía en su pecho con el poder de un tambor cada vez que la joven le insinuaba una sonrisa. Pero la perfección que lucía la doncella de blanco y gentil rostro se hallaba opacada, fugazmente, por un ligero problema: su permanente melancolía.

Sui vivía cabizbaja, sumida en la amargura, pensando todo el tiempo que su pobre vida nunca cambiaría. Li, en cambio, embelesado por su notable belleza, se enamoró enseguida de ella y, loco de contento, le propuso casamiento al poco tiempo. Los humildes padres de Sui comprendieron enseguida que el joven pretendiente era un buen partido para su joven hija y no tardaron en entregársela en matrimonio. Ahora sí Li era un hombre feliz. Ahora podía ver dibujado sobre el horizonte de sus propias tierras un destino grandioso para él y para sus futuros hijos. Ahora sí Li tenía una vida. Y ahora sí ella le sonreía. Todo era hermoso para él hasta que un fortuito incidente comenzó a borrar de sus ojos, y su horizonte, gran parte de su sueño ya hecho realidad.

Una mañana pasó camino al pueblo una larga caravana con caballos briosos y fastuosos carruajes. Li corrió a decirle a su esposa que fuera con él a ver la pomposa procesión. Pero Sui, que aún dormía profundamente, se negó a acompañarlo. Li le explicó que ver pasar la corte imperial por la puerta de la casa de una pareja de recién casados podía ser un signo de buen augurio. Sui, que no creía en ninguna clase de supersticiones accedió a ir a regañadientes, pero sólo para satisfacer la pueril credulidad de su esposo.

Salieron de la casa, cruzaron velozmente los arrozales y se apostaron tímidamente junto al camino, tras unos arbustos. Mientras contemplaban con asombro el fastuoso paso de la caravana, Sui quedó sumamente perturbada al ver a un apuesto príncipe asomarse por la ventana de un soberbio carruaje. Cuando el joven príncipe vio sin querer a la esposa de Li quedó sorprendido por su belleza, e inmediatamente ordenó que detuvieran su carro para bajar a conocerla. La bella joven quedó tan fascinada por el apuesto y galante príncipe que se enamoró de él a primera vista.

Li no comprendió lo que sucedía en ese momento, pero comenzó a sospechar cuando observó un brillo particularmente extraño en los ojos de su mujer.

Durante la semana siguiente Sui se comportó muy rara. De pronto se halló extrañamente parlanchina y alegre. Una mañana, Li comprendió lo que pasó: sobre la almohada encontró una nota de la joven que decía que lo perdonara, pero que su felicidad era más importante que cumplir una tonta promesa de

amor, cuando en realidad el amor nunca había existido en su corazón. Li leyó el recado y cayó en una profunda depresión. No podía creer que su bella y amorosa esposa se hubiera marchado así porque sí de su lado, cuando él tanto la amaba.

Ahora Li volvía a estar solo. Solo y devorado por la angustia y el dolor de saberse nuevamente abandonado. Sin su madre, y ahora sin su esposa, con el corazón roto en cien pedazos y el porvenir desdibujándose a cada minuto delante de sus propios ojos, Li sintió morir. Ahora fue él quien cayó en una profunda melancolía.

Pasaban los días y Li no mejoraba. No quería levantarse de la cama; ni siquiera para comer. Ya no quería trabajar. No quería respirar. Pasó varios meses hundido en la desdicha y el desconsuelo, hasta que un día descubrió que lo único que podía librarlo de semejante dolor era el vino.

Como pasaban los días y pasaban los meses y Li seguía sin poder olvidar, decidió un día hacer algo para cambiar su irremediable situación. Entonces se entregó al alcohol y a la bohemia. De allí en adelante empezó a frecuentar la noche, la juerga y las casas de mujeres de mala fama. En poco el tiempo, el decepcionado y abatido Li terminó gastando todo el dinero que había juntado para mantener a su familia en esa complacencia vulgar y pasatista que otorgan los placeres más mundanos de “la buena vida”. Ahora volvía a sonreír. Pero tristemente, con una sonrisa de mentira.

Como ya no trabajaba, el muchacho no tenía dinero para pagar los impuestos, por lo que pronto perdió su casa y también sus tierras, los únicos bienes que tenía y que con tanto esfuerzo habían conseguido. Pero Li no se dio cuenta que también había perdido algo mucho más valioso que eso: había perdido las ganas de vivir. Y principalmente, las ganas de volver amar.

La pérdida del amor de su vida le había dejado a Li un sabor amargo en la boca y un agudo dolor en el pecho. Ahora estaba solo y en la miseria. No tenía dinero ni hacienda ni trabajo, ni nada que hacer en la vida, porque en realidad ya no tenía vida que vivir. Pasó así muchos años, vagando de un lado al otro, entregado al vino y a la poesía –un arte que habría de descubrir cuando ya no tuvo más dinero para pagar prostitutas-, hasta que un día su borrachera fue tan aplastante que se desplomó en el camino y perdió conciencia de todo. Fue entonces que apareció en la choza de un amable anciano, que lo curó de sus heridas internas y le mostró un camino de luz y de esperanza. Cuando recobró la lucidez, el viejo le habló de algo extraño y confuso llamado “Tao”, que él no comprendía ni quería comprender.

El bondadoso y paciente anciano le explicó que si seguía bebiendo de ese modo iba rápidamente al suicidio, y que, en dicho caso, encontraría la muerte antes de hallar El Camino. Le dijo que mejor que autodestruirse era encontrar –y destruir, de un mismo golpe- lo que lo estaba destruyendo a él.

-“Muchacho –le dijo una vez-, todavía no has aprendido a olvidar. Busca el camino del Tao y encuéntrate a ti mismo”.

En ese momento Li no comprendió el sentido de esa palabra breve y misteriosa, pero de todos modos decidió seguirlo, movido más por un grano de curiosidad que por un verdadero interés o vocación. ¿Qué más podía perder? Si todo lo que tenía había quedado en el camino. Pero, ¿había un camino para él? Entonces pensó: el viejo tiene razón. Lo único que tengo ahora es este camino. Haré pues de este camino *mi camino*.

Para entonces Li se había convertido en un hombre de mediana edad, y con el anciano y gentil maestro halló el sosiego que necesitaba en ese momento de su vida. Fue así que sin darse cuenta comenzó a vivir una vida casi monástica: cambió el vino por la meditación, ayunó, estudió los clásicos antiguos, y realizó todo tipo de ejercicios respiratorios, posturales y metafísicos. Así pasaba el tiempo, sumido y concentrado en ese tipo de trabajo espiritual. Pero un día el maestro enfermó de gravedad, y Li sufrió nuevamente la cruenta embestida del destino.

Después de pasar largos años al lado del viejo mentor, y de aprender a su lado con mucho sacrificio los secretos más profundos del Tao, Li despidió por última vez el alma de su querido y anciano maestro en sus propios brazos, y lloró amargamente. La muerte de su guía espiritual hizo que Li volviera a hundirse en la desdicha y la desesperación. Esta vez, intentó suicidarse de verdad.

Envuelto en la llama del dolor y el sacrificio, trepó durante varios días una empinada ladera y al llegar a la cumbre se arrimó al desfiladero. Cuando estaba a punto arrojarse por el acantilado, escuchó una voz extraña que le habló. La voz le dijo: “El Tao es la corriente. Debes ahora aprender que la muerte es parte de la vida”. En un momento pensó que se trataba de una alucinación, producto del estado emocional en el que se encontraba, pero, al mirar hacia abajo, vio junto a sus pies, sobre una piedra, algo que realmente lo tranquilizó. Era un pequeño saltamontes. Li creía que había sido su imaginación, pero efectivamente era él quien le había hablado. A partir de este episodio, Li se quedó a vivir allí, en la montaña. Se recluyó en una cueva, cerca de la ladera, y se convirtió en un ermitaño.

Durante mucho tiempo Li vivió para sí mismo y para comprender los misteriosos caminos del Tao. Para entonces Li se había convertido ya en un hombre mayor. Encerrado en una celda de piedra, pasaba días enteros en profunda meditación, envuelto en incienso y ensimismado en la vacuidad de sus pensamientos; pintando caligráficamente las razones que le dictaba su vieja y melancólica alma de errante bajo la delicada forma de poemas, epígrafes y sentencias.

Durante muchos años vivió en la soledad, y sólo después de mucho tiempo aprendió a tratarla como a un amiga. Aprendió a quererla. Día y noche escudriñó su alma hasta llegar a la raíz de sus más profundos pesares y desasosiegos. Finalmente alcanzó un estado mental que lo llevó al reino de su mundo interior y le hizo ver cosas que jamás hubiera soñado que pudieran existir. Li tenía la certeza que ese estado espiritual, al que con cierto orgullo denominaba “semilocura”, no era muy diferente a aquel otro estado de “semiembriaguez”, que vivió en sus alocados años de juventud. Otra vez el vino volvía a ser su compañero. Ese compañero fiel y silencioso con los que llenaba de placer y de deleite los momentos más vacíos y angustiantes de su vida.

Una mañana bajó de la montaña y emprendió el camino de regreso. Construyó una choza muy precaria, al lado de un lago de cristal, y vivió allí toda su vejez, hasta el día de su muerte.

En los últimos años de su vida, Li volvió a beber –literalmente hablando- y a escribir aquellos inolvidables poemas que lo harían famoso y decididamente *inmortal*. La luna y las mujeres fueron su único tema. Ya era un venerable anciano cuando encontró lo que él creía que era el verdadero sentido de Tao. Entonces legó a la posteridad ese escrito maravilloso que nadie pensaba que pudiera existir. Cuando todos creían que escribiría sobre el Tao, Li nos dejó una antología inédita del arte de beber; no del arte de vivir. Un pequeño opúsculo dedicado al vino y a su degustación, basado en el vínculo existente entre el *saber* y el *sabor*; entre el placer y la amargura. Por eso amaba la rusticidad de los taninos más difíciles y duros de beber. Como Li era un viejo taoísta decidió llamarlo: *El tao de la*

degustación. Pero un giro insospechado del destino hizo que fuera descubierto muchos siglos después bajo el nombre de: *El tao, el sabio y el sabor*.

Su final es ya muy conocido: una noche mientras escribía poemas junto al río se emborrachó. En un estado de semi somnolencia vio la luna reflejada sobre un lago de cristal. Una luna grande y redonda, como bañada de plata. Li, deslumbrado por su brillante belleza fue acercarse lentamente, a tocarla. Por un momento, la refulgente redondez de la luna le hizo recordar el rostro de su pequeña Sui, el gran amor de su vida. Y en un raptó de locura, pensó que había regresado a su lado, totalmente enamorada y arrepentida. Entonces quiso allí mismo abrazarla con todas sus fuerzas, con todo su amor. Definitivamente su amor no era imposible, como siempre pensó. Por eso había vuelto. Por eso estaba allí, parada frente a él, mirándolo y sonriéndole con la magia y el encanto de la primera vez. Pero en realidad no era el rostro blanco, bello y redondo de su joven esposa. Y creyendo que su dulce y amada Sui había abandonado por fin al apuesto príncipe, y regresado a sus brazos, -a su vida-, Li, sin darse cuenta de lo que hacía, cayó al río y se ahogó.

Su nombre era Li T'ai Po, más conocido como Li Po: uno de los más célebres poetas chinos que le cantó a la luna, las mujeres y el vino. Sus poemas trascendieron y se hicieron famosos, pero el raro tratado sobre el vino se perdió para siempre. Nadie supo de su existencia hasta que un coleccionista llamado Wong Shechia lo halló en una pequeña librería de Hong Kong mucho tiempo después.

Algunos comentaristas de la época -también poetas- recuerdan a Li Po como un pintoresco ermitaño que estaba obsesionado con los vinos y las mujeres. Especialmente con las mujeres que lo abandonaron: primero su madre y luego su esposa. Y con el vino que tantas y tantas veces contribuyó a olvidarlas. Claro, aunque nunca fue para siempre. Li halló la muerte al devorar la imagen deslumbrante de la luna como un calco del de su eterna enamorada y atragantarse con el vivo y mortífero recuerdo de su madre. Fue aquella noche la última noche bacanal para el amante y para el poeta. (Dicen por ahí que ésa es la razón por la que había enloquecido, y por la cuál aquella trágica noche de luna saturnina estaba borracho y lujurioso de amor).

Tal vez ese río de vino tinto que fluía por el torrente de sus venas creando fantasías y sueños imposibles fue el que finalmente llegó hasta su mente, nublándole la vista de amor y de pasión. Li Po jamás logró sacarse de la boca ese sabor áspero y amargo que le dejara su dulce madre en el último beso que le dio, antes de partir al mundo celestial. Ese indestructible recuerdo que llevaba escrito, como un destino inexorable, en su joven y apocada alma de poeta. De allí que Tae Pei, su gran biógrafo, dijera de él:

“Quiso abrazar la luna y se tragó el río”.

Algunos comentaristas modernos sospechan que *El tao de la degustación*, la supuesta obra perdida de Li Po, podría tratarse de una compilación de diversos textos, urdidos, según parece, por la camaleónica pluma del Dr. Le Benard.

Dada su gran admiración por el pensamiento oriental, por los poetas chinos -y especialmente por los de las dinastías Tang-, es muy probable que fuera aquel talentoso y multifacético *dandy* y *bon vivant* francés quien escribiera *El tao de la degustación* y no un antiguo filósofo chino, como se creyó siempre.

Y por cierto, no es extraño; todo parece coincidir: los viajes que realizó al antiguo Oriente, su afición por la filosofía zen, su maestro de idioma chino, su pasión por los vinos, su amor por la

cocina, su raro estilo literario, los giros idiomáticos de su puntillosa prosa... en fin, un sinnúmero de puntos y detalles que harían del ya sospechoso poeta chino un autor... verdaderamente falso.

HUGO CUCCARESE

Hugo Cuccarese